



EPISODIOS DE LA VIDA NACIONAL

EL EXHIBICIONISTA

No sonó el despertador y tuvo que vestirse apresuradamente para no llegar tarde a la oficina. En los treinta años que llevaba al servicio de la empresa rara vez se había retrasado. Lo consideraban un empleado modelo. Tuvo suerte y cogió en seguida el autobús. Además consiguió un asiento. Una niña de ojos azules le observaba detenidamente. Era graciosa y le dedicó una amable sonrisa. La niña, un poco asustada, le dijo algo a su padre, sentándose junto a ella y ensimismado en la lectura de un periódico. El padre interrumpió la lectura y miró inquisitivamente al oficinista. Parecía no dar crédito a lo que veía. El empleado

modelo, azorado, descubrió que no se había abotonado la bragueta e iba exhibiendo sus órganos genitales. El padre, profiriendo insultos y groserías, se abalanzó sobre él y le propinó varios puñetazos. Los pasajeros trataron de contenerle. La niña lloraba. Cuando se enteraron de la causa de su indignación arremetieron todos contra el sorprendido e involuntario exhibicionista. Lo hubiesen matado de no haber intervenido la fuerza pública. De todas maneras, camino de la comisaría más cercana le propinaron tremendos puñetazos y puntapiés, de los cuales no pudo recuperarse el resto de sus días...

LA HUELGA

Decidieron no trabajar durante quince minutos. Habían leído en los periódicos que otros lo hacían y se animaron. Eran cuatro en total y prestaban sus servicios en la pequeña gestoría administrativa desde hacía muchos años. No soportaban a su jefe, el dueño del negocio, pero tampoco habían tenido el valor y poder de decisión suficientes como para dejarlo. Trabajaban mañana y tarde y hacían horas extraordinarias,

pero pretendían adelantar la salida de los sábados en media hora. El jefe se negaba rotundamente y cuando descubrió al cuarteto sir, trabajar, con los brazos cruzados y en silencio total, los apostrofó, insultó y despidió. Al día siguiente, domingo por la mañana, los cuatro empleados, cariacontecidos, acompañados de sus respectivas familias, le esperaron a la salida de Misa mayor para suplicarle su readmisión.

EN LA ADUANA

No sucedía frecuentemente, pero aquella vez le ocurrió a él. El agente de aduanas le mandó abrir las maletas. Venía de Estocolmo, tras un viaje de negocios por cuenta de su empresa. No tenía nada que declarar, pero el agente —debía tener una mala mañana—, insistió... Un frasco de colonia para su mujer, unos juguetes instructivos para sus hijos y unos encargos para sus amigos. Pasó un rato horroroso cuando el agente examinó aquellos extraños artilugios, adquiridos en un establecimiento dedicado a la venta exclusiva de objetos eróticos. No supo explicar al agente ni al jefe su-

perior de la utilidad de aquellos vergonzosos objetos, de aquellos juegos, de aquellas prendas, de aquellas cápsulas... Lo retuvieron en el pequeño despacho del aeropuerto para tomarle declaración, pero le permitieron llamar a su mujer. Esta, nerviosa y excitada, se presentó media hora más tarde. Fue el propio inspector de aduanas quien le explicó lo que sucedía. Le mostró los objetos que había traído su esposo. No daba crédito a sus ojos. Prorrumpió en llanto y cuando su marido se acercó para consolarla, gritó con voz desgarrada: ¡No me toques!

IBARROLA



COMO PUEDE AYUDAR UNA DIGNA SEÑORA A SU ESPOSO TRIUNFALISTA

Muy fácilmente. ASI:



Llene una cubeta con los restos que haya dejado en la papelera su marido al escribir uno de sus discursos.



Sople fuertemente y lance al aire las ideas imperiales de su esposo.



Arroje los posos a los pobres ideológicos.

HACÍA POR LO MENOS CIENTO Y PICO DISCURSOS QUE NO TENIAMOS UNA SEQUIA TAN PERTINAZ

